

Gobernó sin embargo á poca diferencia como siempre. En cuanto á Clubin, sabido es que se volvió á la Posada Juan donde pasó la noche.

Clubin llevaba siempre debajo de la camisa un cinto de cuero en que guardaba unas veinte guineas, y no se lo quitaba sino de noche. En el interior del cinto habia un nombre, *sieur Clubin*, escrito de su puño y letra con tinta litográfica, que es indeleble.

Al levantarse, antes de partir, habia metido en el cinto la cajita de hierro que contenia los setenta y cinco mil francos en billetes, y después, como de costumbre, se lo puso alrededor de la cintura.

III.

CONVERSACIONES INTERRUMPIDAS.

La partida se hizo alegremente. Los viajeros, luego que hubieron colocado encima y debajo de los bancos sus maletas y sus abrigos, pasaron al buque la revista que es de rigor, habiéndola la costumbre hecho obligatoria.

Dos de los pasajeros, el turista y el parisiense, no habian visto nunca un buque de vapor, y á las primeras vueltas que dieron las ruedas, admiraron la espuma.

Después admiraron el humo.

Examinaron pieza por pieza, en la cubierta y en el sollado, todos los aprestos marítimos de argollas, grapas, ganchos y pernos, que á fuerza de precision son una

especie de joyería colosal, joyería de hierro, dorado con herrumbre por las tempestades.

Se pasearon alrededor del cañoncito de alarma amarrado á la cubierta con una cadena como un mastín, segun observó el turista, y abrigado, segun añadió el parisiense, con una blusa de lana embreada para que no cogiese un catarro.

Al alejarse de tierra, se trocaron las observaciones de costumbre acerca de la perspectiva de Saint-Malo, emitiendo un pasajero el axioma de que las cercanías de mar engañan, de suerte que á una legua de la costa nada se parece tanto á Ostende como Dunkerque. Se completó lo que habia que decir sobre Dunkerque haciendo observar que sus dos buques-vigías pintados de encarnado se llaman *Buytingen* el uno y *Mardyck* el otro.

Saint-Malo se empequeñeció á lo lejos, y despues se borró.

El aspecto del mar era el de la vasta calma. La estela formaba en el Océano detrás del buque una larga calle orlada de espuma que casi sin torcerse se prolongaba hasta que se perdía de vista.

Guernesey se halla en medio de una línea recta que se tirase desde Saint-Malo en Francia á Exeter en Inglaterra. En el mar la línea recta no es siempre la línea lógica. Sin embargo, los buques de vapor tienen hasta cierto punto el poder de seguir la línea recta no consentida á los buques de vela.

El mar, complicado con viento, es un compuesto de

fuerzas. Un buque es un compuesto de máquinas. Las fuerzas son máquinas infinitas, las máquinas son fuerzas limitadas.

Entre estos dos organismos, el uno inagotable y el otro inteligente, se empeña este combate que se llama navegacion. Una voluntad en un mecanismo sirve de contrapeso á lo infinito. Lo infinito contiene tambien un mecanismo. Los elementos saben lo que hacen y á dónde van. Ninguna fuerza es ciega.

El hombre debe espiar las fuerzas, y procurar descubrir su itinerario.

En tanto que se encuentra la ley, la lucha continúa, y en esta lucha la navegacion por medio del vapor es una especie de victoria perpétua que el género humano alcanza incesantemente en todos los puntos del mar.

Lo que hay de admirable en la navegacion por medio del vapor, es que esta navegacion disciplina al buque. Disminuye la obediencia al viento y aumenta la obediencia al hombre.

Nunca mejor que en aquel dia habia trabajado la Duranda en el mar. Se conducia á pedir de boca.

A cosa de las once, soplando una fresca brisa de Noroeste, la Duranda se hallaba engolfada delante de los Minquiers, con poco vapor, con rumbo al Oeste, con amarraz á estribor y ciñendo el viento. El tiempo seguia claro y espléndido. Sin embargo, los faluchos se volvian.

Poco á poco, como si nadie pensase mas que en volver á ganar el puerto, el mar se limpiaba de buques.

No se podía decir que la Duranda siguiese con todo rigor su rumbo de otras veces. La tripulación no tenía preocupación alguna, siendo absoluta la confianza en el capitán; sin embargo, tal vez por culpa del timonel, había alguna desviación. La Duranda parecía dirigirse hacia Jersey más que hacia Guernesey.

Poco después de las once, el capitán rectificó la dirección y encaró francamente la proa á Guernesey. No hubo más que un poco de tiempo perdido.

En los días cortos el tiempo perdido tiene sus inconvenientes. Brillaba un hermoso sol de febrero.

Tangrouille, en el estado en que se hallaba, no tenía muy seguros los pies ni los brazos muy firmes, de lo que resultaba que el bravo timonel declinaba del rumbo, lo que aflojaba la marcha.

El viento había caído casi completamente.

El pasajero guernesiano, que tenía en la mano un antejo, lo encaraba de cuando en cuando á una vedija de bruma cenicienta, lentamente empujada por el viento en el extremo horizonte hacia el Oeste, la cual se asemejaba á un copo de algodón manchado de polvo.

El capitán Clubin presentaba el austero semblante puritano que le era ordinario. Parecía redoblar su atención.

Todo era pacífico y casi risueño á bordo de la Duranda. Los pasajeros conversaban alegremente. Cerrando los ojos en una travesía, se puede juzgar del estado del mar por el *trémolo* de las conversaciones.

La plena libertad de ánimo de los pasajeros corresponde á la perfecta tranquilidad del agua.

Es imposible, por ejemplo, que una conversación como la siguiente se hubiese sostenido sin hallarse el mar en perfecta calma:

—Compañero, contemplad esa hermosa mosca verde y roja.

—Se ha estraviado en el mar y buscado refugio en el buque.

—Una mosca se fatiga poco.

—Como es tan ligera, el viento la lleva.

—Se ha pesado una onza de moscas, se ha contado después cuantas había, y han resultado seis mil doscientas sesenta y ocho.

El guernesiano del antejo se había acercado á los mercaderes de bueyes de Saint-Malo, y su charla era del siguiente género:

—El buey de Aubrac tiene el cuerpo redondo y rechoncho, las piernas cortas y el pelo leonado. Por la pequeñez de sus piernas es lento para el trabajo.

—Bajo este punto de vista el de Salers es preferible al de Aubrac.

—Compañero, yo no he visto más que dos bueyes perfectos en mi vida. El primero tenía las piernas bajas, la parte delantera gruesa, el cuarto trasero lleno, las nalgas anchas, bastante longitud desde la nuca á las ancas, largo el crucero, los movimientos sueltos, el pellejo poco adherido. El segundo ofrecía todas las señales de

habérsele engordado juiciosamente. Cuerpo carnoso, suelto, fuerte, piernas ligeras, color blanco y rojo, buenos cuartos traseros.

—Esa es la raza cotentina.

—Sí, pero mezclada con el toro angus ó el toro suffolk.

—Compañero, podeis creerme, en el mediodía hay concursos de asnos.

—¿De asnos?

—Tal como suena. Y los feos son los hermosos.

—Lo mismo pues que los mulos. Los feos son los buenos.

—Justamente. El jumento poitevino. Ventrudo, y piernas gruesas.

—La mejor mula conocida es una barrica sobre cuatro pies.

—La belleza de las bestias no es como la de los hombres.

—Ni como la de las mujeres.

—Cierto.

—Yo estoy por las mujeres bonitas.

—Yo por las aseadas y elegantes.

—Sí, limpias, pulcras, que se pongan de veinte mil alfileres.

—Y nuevecitas. Una jóven debe parecer siempre que acaba de salir de la joyería.

—Vuelvo á mis bueyes. Vi vender los dos en el mercado de Thonars.

—Es mercado que conozco. Los Bonneau de la Rochela y los Babu, los traficantes de trigo de Mulans, de los cuales habreis oido hablar, acuden á aquel mercado.

El turista y el parisiense conversaban con el americano de las Biblias. Tambien su convarsacion era un barómetro que señalaba buen tiempo fijo.

—Caballero, decia el turista, he aquí cual es el tonelaje flotante del mundo civilizado: Francia 706,000 toneladas; Alemania, 1.000,000; Estados-Unidos, 5.000,000; Inglaterra, 5.500,000. Añadid el contingente de los pequeños pabellones. Total: 12.904,000 toneladas distribuidas entre 145,000 embarcaciones diseminadas por el agua del globo.

El americano interrumpió:

—Caballero, son los Estados-Unidos los que tienen 5.500,000.

—No me opongo, dijo el turista. ¿Vos sois americano?

—Sí, caballero.

—Me lo habia figurado.

Hubo una pausa, durante la cual el americano misionero se preguntó si habia llegado la ocasion de ofrecer una Biblia.

—Caballero, repuso el turista, ¿es verdad que teneis en América tanta aficion á los apodos que condecorais con ellos á todos vuestros hombres célebres, y llamais á vuestro famoso banquero misuoriano Tomás Benton, *el viejo Riel*?

—¿Asi como llamamos á Zacarías Taylor *el viejo Zach*?

—¿Y al general Harrison *el viejo Tip*? ¿no es verdad? ¿y al general Jackson *el viejo Hickory*?

—Porque Jackson es duro como el palo de hickory, y porque Harrison batió á los Pielas rojas en Tippecanve.

—Es manera bizantina la vuestra.

—Es nuestra manera. Llamamos á Van Buren *el Pequeño-Brujo*, á Seward, que mandó dividir los billetes de Banco en billetes pequeños, *Billy el Pequeño*, y á Douglas, el senador demócrata del Illinois, que tiene cuatro pies de estatura y una grande elocuencia, *el Pequeño Gigante*. Si vais de Tejas á Maine, no encontrareis una sola persona que diga Cass, sino *el Gran Michignantero*, ni que diga Clay, sino *el mozo de molino del chirlo*. Clay es hijo de un molinero.

—Yo preferiria decir Clay ó Cass, observó el parisiense, porque es mas corto.

Faltarais á la costumbre. Llamamos á Corwin, que es secretario de la tesorería, *el mozo de carro*, á Daniel Webster, *Dan-el-negro*.

En cuanto á Winfield Scott, como su primer pensamiento, despues de haber batido á los ingleses en Chippe-way, fue sentarse á la mesa, le llamamos *Pronto-una-taza-de-sopa*.

La vedija de bruma que se veia en lontananza habia aumentado. Ocupaba en el horizonte un segmento de unos quince grados. Se hubiera dicho que era una nube que por falta de viento se arrastraba sobre el agua. Apenas soplabá viento alguno. El mar estaba como un espejo. Aunque

no era aun medio dia, el sol palidecia. Alumbraba, pero no calentaba.

—Creo, dijo el turista, que el tiempo va á variar.

—Acaso tengamos lluvia, dijo el parisiense.

—O niebla, respondió el americano.

—Caballero, repuso el turista, en Italia, es en Mol-fetta donde cae menos lluvia y en Talmezzo donde cae mas.

Al dar las doce, segun costumbre del archipiélago, la campana llamó para comer. Comió el que quiso. Algunos pasajeros estaban provistos de fiamblera, y comieron alegremente sobre cubierta. Clubin no probó un bocado.

Mientras se comia, las conversaciones seguian su curso.

El guernesiano, oliendo las Biblias, se habia acercado al americano. El americano le dijo:

—¿Conoceis estos mares?

—Sin duda, pertenezco á ellos.

—Y yo tambien, dijo uno de los de Saint-Malo.

El guernesiano saludó ligeramente, y repuso:

—Ahora estamos en alta mar, pero no hubiera querido ver niebla cuando nos hallábamos hácia los Minquiers.

El americano dijo al de Saint-Malo:

—Los isleños son mas del mar que los ribereños.

—Es verdad; nosotros, los de la costa, no tenemos mas que medio baño.

—¿Qué son los Minquiers? continuó el americano.

El de Saint-Malo respondió:

—Peñascos de muy mal género.

- Hay tambien los Grebets, dijo el guernesiano.
- ¡Toma! exclamó el de Saint-Malo.
- Y las Chouas, añadió el guernesiano.
- El de Saint-Malo soltó una carcajada.
- Si vamos á contar todos los escollos, dijo, hay tambien los Sauvages.
- Y los Moines, observó el guernesiano.
- Y el Canard, exclamó el de Saint-Malo.
- Camarada, replicó el guernesiano amablemente, vos no os quedais nunca sin respuesta,
- De Saint-Malo, malo.
- Despues de esta respuesta, el de Saint-Malo guiñó un ojo.
- El turista interpuso una pregunta:
- ¿Tenemos nosotros que atravesar toda esa multitud de rocas?
- No. Las hemos dejado al Sur-sudeste. Quedan detrás de nosotros.
- Y el guernesiano prosiguió:
- Entre peñascos grandes y pequeños, los Grelets tienen cincuenta y siete puntas.
- Y los Minquiers cuarenta y ocho, dijo el de Saint-Malo.
- Me parece, camarada, que hay tres rocas que no contais.
- Las cuento todas.
- ¿Desde la Dérée hasta Maitre-Ile?
- Sí.

- ¿Y las Maisons?
- Que son siete rocas en medio de los Minquiers. Sí.
- Veo que conoceis los escollos.
- Si no conociese los escollos, no seria de Saint-Malo.
- Me gusta oír los razonamientos de los franceses.
- El de Saint-Malo saludó á su vez, y dijo:
- Los Sauvages son tres peñascos.
- Y los Moines dos.
- Y el Canard uno.
- Es claro, puesto que se nombra en singular, debe ser uno solo.
- No es regla, porque la Suarde se nombra tambien en singular y se compone de cuatro rocas.
- ¿A qué llamais vos la Suarde? preguntó el guernesiano.
- Llamamos la Suarde lo que vosotros llamais los Chouas.
- No se pasa muy bien entre los Chouas y el Canard.
- No pueden pasar mas que los pájaros.
- Y los peces.
- No tanto. Estando la mar gruesa, se pegan á las piedras.
- Hay arena en los Minquiers.
- Alrededor de los Maisons.
- Son ocho rocas que se ven desde Jersey.
- Justo, desde la playa de Azette. No son ocho, son siete.
- Cuando baja la marea es posible pasearse por los Minquiers.

—Sin duda quedan en gran parte en seco.

—¿Y los Dirouilles?

—Los Dirouilles nada tienen de comun con los Minquiers.

—Quiero decir que son peligrosos.

—Están por el lado de Granville.

—Se ve que, como nosotros, los de Saint-Malo teneis aficion á navegar por estos mares.

—Sí, respondió el de Saint-Malo, con una diferencia: nosotros decimos: tenemos costumbre, y vosotros decís: tenemos aficion.

—Vosotros sois buenos marinos.

—Yo trafico con bueyes.

—¿Qué gran marino era de Saint-Malo, que ahora no me acuerdo?

—Surcouf.

—Otro.

—Duguay-Trouin.

El viajero del comercio parisiense intervino.

—¿Duguay-Trouin? cayó prisionero de los ingleses. Era tan amable como valiente. Supo agradar á una jóven inglesa, la cual rompió sus cadenas.

En aquel momento una voz de trueno exclamó:

—¡Estás borracho!

IV.

EN QUE SE PONEN EN EVIDENCIA TODAS LAS CUALIDADES
DEL CAPITAN CLUBIN.

Todos se volvieron.

El capitan interpelaba al timonel.

Sieur Clubin no tuteaba á nadie. Para dirigir al timonel Tangrouille una apóstrofe tal como la que le dirigió, preciso era que estuviese muy encolerizado ó que quisiera parecerlo.

Un arranque de cólera oportuno libra de responsabilidad, y algunas veces trasfiere la responsabilidad á otro.

El capitan, en pie entre los dos tambores, miraba fijamente al timonel, y repitió entre dientes: ¡Borracho! El honrado Tangrouille bajó la cabeza.